

de infancias, tiempos y existencias: habitar los espacios del «*quando infante*»

malvina argumedo¹
conicet-flacso/unlp - argentina

resumen

Este trabajo propone una serie de reflexiones en torno a las ideas de tiempo y existencia desde el pensamiento de Emmanuel Levinas, poniéndolas en diálogo con una suerte de aventura poética que Manoel de Barros encarna en su narrativa, como una travesía de la memoria por el tiempo y espacio de la infancia. Partimos de la pregunta por la posibilidad de habitar el propio tiempo de la existencia como una vuelta a un tiempo infantil nuevo y actualizable, a un ser infante como comienzo de otros modos de ser, y proponemos una invitación a recrear las posibles variaciones entre el tiempo como temporalidad y sus relaciones con la alteridad y la educación. El tiempo pensado aquí remite también a la idea de acontecimiento como espacio propicio para la experiencia, como oportunidad para otros modos de pensar lo temporal desvinculado de intencionalidades prescriptas y anticipaciones, un espacio conmovido frente a lo radicalmente Otro, en el sentido levinasiano que entiende al tiempo como un "ensanchamiento" de la existencia individual y como una apertura al Otro y a lo Otro como parte de la propia relación con la alteridad. Estos temas se piensan a su vez, atravesados por experiencias, miradas y sentires nacidos de contextos escolares de trabajo con niños y niñas hospitalizados/as, donde nos interrogamos por el acontecimiento educativo como instancia para poner en juego sentidos singulares del existir y de una experiencia temporal novedosa, donde las reflexiones en torno a la existencia y los tiempos de ser infante se conectan vitalmente al sufrimiento y la pregunta ética por la finitud.

palabras clave: infancias; temporalidad; existencia.

daydream on a childhood with the clay

This work proposes a series of reflections around the ideas of time and existence starting from the thought of Emmanuel Levinas, placing them in dialogue with a kind of poetic adventure that Manoel de Barros embodies in his narrative, as a crossing of memory by time and Space of childhood. We start from the question of the possibility of dwelling the very time of existence as a return to a new and actualizable child time, to an infant being as the beginning of other ways of being, and we propose an invitation to recreate the possible variations between time as temporality and its relations with otherness and education. The time thought here also refers to the idea of an event as a space conducive to experience, as an opportunity for other modes of thinking, the temporality disconnected from prescribed intentions and anticipations, a space moved before the radically Other, in the Levinasian sense that understands time as a "Widening" of individual existence and as an opening to the Other and to the Other as part of the relationship itself with otherness. These themes are, in turn, crossed by experiences, looks and feelings born of school contexts of work with hospitalized children, where we are questioned by the educational event as an instance to put into play singular senses of existence and of a novel time experience, in which the reflections around the existence and

¹ Email: malvinaargumedo@gmail.com

de infancias, tiempos y existencias: habitar los espacios del «*quando infante*»

the times of being infant connect vitally to the suffering and the ethical question about the finitude.

key words: childhood; temporality; existence.

de infâncias, tempos e existências: habitar os espaços do «*quando infante*»

resumo

Este trabalho propõe uma série de reflexões em torno das ideias de tempo existência partindo do pensamento de Emmanuel Levinas, colocando-as em diálogo com uma espécie de aventura poética que Manoel de Barros encarna em sua narrativa, como uma travessia da memória pelo tempo e espaço da infância. Partimos da pergunta pela possibilidade de habitar o próprio tempo da existência como uma volta a um tempo infantil novo e atualizável, a um ser infante como começo de outros modos de ser, e propomos um convite a recriar as possíveis variações entre o tempo como temporalidade e suas relações com a alteridade e a educação. O tempo pensado aqui remete também a ideia de acontecimento como espaço propício para a experiência, como oportunidade para outros modos de pensar o temporal desvinculado de intencionalidades prescritas e antecipações, um espaço comovido frente ao radicalmente Outro, no sentido levinasiano que entende o tempo como um “alargamento” da existência individual e como uma abertura ao Outro e ao Outro como parte da própria relação com a alteridade. Estes temas se pensam, por sua vez, atravessados por experiências, olhares e sentires nascidos de contextos escolares de trabalho com crianças hospitalizados/as, onde nos interrogamos pelo acontecimento educativo como instância para por em jogo sentidos singulares de existir e de uma nova experiência temporal, onde as reflexões em torno a existência e os tempos de ser infante se conectam vitalmente ao sofrimento e a pergunta ética pela finitude.

palavras-chave: infâncias; temporalidade; existência.

de infancias, tiempos y existencias: habitar los espacios del «*quando infante*»

Me gustaría comenzar este escrito, que intenta repensar ciertas ideas sobre tiempos, infancias y existencias, a partir de un fragmento del relato «*Tempo*» del poeta brasileiro Manoel de Barros (2008), quien con su escritura colmada de gestos y palabras de una simpleza conmovedora, pone a pensar sentidos nuevos y fundamentales de la propia vivencia del tiempo. Manoel escribe:

Eu não amava que botassem data na minha existência. A gente usava mais era encher o tempo. Nossa data maior era o quando. O quando mandava em nós. A gente era o que quisesse ser só usando esse advérbio. Assim, por exemplo: tem hora que eu sou quando uma árvore e podia apreciar melhor os passarinhos. Ou: tem hora que eu sou quando uma pedra. E sendo uma pedra eu posso conviver com os lagartos e os musgos. Assim: tem hora eu sou quando um rio. E as garças me beijam e me abençoam. Essa era uma teoria que a gente inventava nas tardes. Hoje eu estou quando infante. Eu resolvi voltar quando infante por um gosto de voltar. Como quem aprecia de ir às origens de uma coisa ou de um ser. Então agora eu estou quando infante [...]. (BARROS, 2008, p.113).

Lo así escrito desde la hondura de un sentir, desde esas *Memorias Inventadas* a las que remite su relato, que lo llevan a hacer presente como narrativa una experiencia de infancia (¿suya, de alguien más?), nos permite detenernos y preguntarnos por nuestros propios modos de habitar el tiempo de infancia y, también, el tiempo y la existencia de las infancias en los ámbitos educativos, en particular en aquellos que ocurren dentro de los hospitales pediátricos². Sostiene Walter Kohan que la escritura de Manoel de Barros “fuerza el lenguaje hasta hacerle decir lo indecible. Restaura la infancia no sólo en la escritura sobre la infancia, sino en una escritura infantil; no sólo al ver y escribir otra infancia sino también al verse y encontrarse otramente en la infancia; no sólo escribe otra infancia, sino que deviene infante en la escritura: un devenir que afirma la experiencia, la memoria inventiva, la indeterminación, en el propio acto de escribir” (KOHAN, 2007, p. 102). Y desde este lenguaje nos propone pensar lo imposible, lo impensado, nos inventa un espacio nuevo de pensamiento para

² Se propone en este trabajo acercarnos a las vivencias infantiles en las aulas y escuelas hospitalarias, donde niños y niñas con internaciones más o menos prolongadas, atravesando enfermedades más o menos graves, participan de instancias educativas compartiendo clases con otros niños/as, en sus camas, en sus salas de internación y otros espacios del hospital.

reformularnos aquellas preguntas que a diario alimentan cientos de respuestas imposibles, que mañana tal vez volverán, transformadas en los ojos de quien las mire, ligando con nuevos lenguajes lo que no estaba sino indisociablemente unido en el sentir: un lazo -visible por momentos, invisible en otros- entre modos de ser en el tiempo y modos de existir en él.

Rechaza esta *voz de infancia* el intento de poner fecha a su existencia. Se resiste a reducir su experiencia vital desbordante, inabarcable, a una formulación deshabitada, a tiempos vueltos números, disfrazados de un tiempo calculado y calculable, medible. ¿Acaso algo de nuestra historia, de nuestra memoria, de nuestro existir y nuestra temporalidad podría ser acorralado en fechas, preso del correr de los días, horas, minutos?, ¿dónde entonces quedaría el espacio y el tiempo de la experiencia de vivir, sufrir, amar, morir, dónde la experiencia del otro, la experiencia de ser con otros? ¿Acaso son medibles las pasiones, los dolores, acaso la muerte, el aprendizaje, la sorpresa, acaso lo inabarcable de la experiencia de existir?

Se intenta pensar aquí, con ayuda de Manoel (de Barros) y de Emmanuel (Levinas), algunas de estas preguntas, ciertas miradas despojadas de la idea de un ser único absolutamente sí mismo, hoja suelta en el vaivén de un tiempo que lo lleva inexorablemente hacia adelante. Quisiera proponer junto con ellos desandar la historia de un tiempo unívoco y un ser sujeto a él, y en cambio, hacer nacer la posibilidad de un tiempo más allá de lo posible; el juego de pasar de un tiempo contable (en el sentido numérico) a una temporalidad por contar, por narrarse y ser narrada. Sostengo, al menos como deseo, la idea de que en la concepción de tiempo como temporalidad -ligada al ser, al existir y a la relación ética de respuesta ante la presencia de otro-, se juegan de modo singular los sentidos y el espacio mismo del acto y el encuentro educativo con niños y niñas atravesados y atravesando una situación de enfermedad e internación.

tiempo y temporalidad: las formas del tiempo “quando”³

¿Cómo negar la reducción a un tiempo calculable y medible lo absolutamente inagotable de la propia existencia, de la existencia de cualquier otro? ¿Cómo resistirse al mandato que determina el qué y el cuándo de cada existir, de cada ser? ¿Bajo qué pretensiones se alza la tarea de poner fecha a la existencia, de contabilizar un movimiento de vida singular, de historia compartida?

La comprensión de la noción de *tiempo* desde la modernidad se ha sostenido en la instauración de un tiempo signado bajo el influjo de un progreso continuo, de un frenético avance influido por la creciente mercantilización de la vida y del propio tiempo en referencia a ella, bajo la representación de un tiempo lineal, homogéneo, unívoco, tras cuyo paso se arrasa con las formas de la experiencia, sosteniendo cierta idea de avance infinito, de un *hacia adelante* permanente lleno de promesas y futuros que no llegan.

Emmanuel Levinas nos pone de frente a una forma original y sumamente potente de entender el tiempo. Para él, el tiempo lleva en su seno la marca del ser singular, del Uno Mismo al que atraviesa, pero ante todo –más allá de todo- lo pone indefectiblemente de frente a Otro; el tiempo excede al sí mismo y lo conecta con lo Otro. Allí lo novedoso de su pensamiento: el ser en el tiempo no puede concebirse en solitario, sino en incondicional relación con Otro. Se hace imposible, según afirma, “hablar del tiempo a partir de un sujeto solo, de una duración puramente personal” (LEVINAS, 1993, p. 120-121), el tiempo mismo, la condición del tiempo, es la relación entre seres humanos que nos coloca en situación de «cara a cara» con otro. Es en la propia idea de tiempo donde está indisociablemente arraigada la presencia (y la existencia) de lo Otro, de Otro y es en esa vivencia del tiempo que trasciende el ser, que se establece la relación con lo absolutamente Otro. Levinas concibe al tiempo “no como horizonte ontológico del ente, sino como modo más allá del ser, como relación de pensamiento con lo Otro”

³ He optado por mantener a lo largo del trabajo la palabra *quando* sin su traducción al castellano, para remarcar la forma en que el autor la utiliza, considerando que mantiene de algún modo más “fiel” esta suerte de nexos entre *tiempo, infancia, existir* que él mismo propone.

(LEVINAS, 1993, p. 68), y en ese más allá del ser surge la presencia misma del rostro, como la radical novedad de la concepción de una temporalidad con fuerza ética. En este espacio relacional se impone una idea de alteridad, de responsabilidad; la idea misma consiste en darle al tiempo una forma nueva, un modo ético de concebirlo. En ello radica su potencia: en el espacio que el tiempo abre como discontinuidad del Uno Mismo y se constituye apertura al Otro y a la respuesta por ese Otro. Y ante esta nueva mirada, la posibilidad de ruptura, de discontinuidad, desdibuja los límites que mantenían ligado el tiempo a la lógica lineal, progresiva, continua-contable-medible; de un único tiempo, que avanza incansable, inmovible. Irrumpe una temporalidad diacrónica, habitada por otros tiempos, por variaciones del ser, por alteridades siendo. Y por una irrenunciable responsabilidad hacia (el, lo) Otro. La idea misma de diacronía trabajada por el autor tiene que ver con una temporalización que excede la capacidad de ser pensada, de ser representada. La diacronía es la temporalidad inasimilable y –en contraposición al tiempo como flujo lineal, incapaz de albergar la alteridad y la diferencia, asimilando lo Otro en lo Mismo– escapa a la intencionalidad y a la anticipación que emanan del saber, posibilitando la alteridad radical. Levinas dirá que

el «movimiento» del tiempo, entendido como trascendencia al infinito de lo «completamente Otro», no se temporaliza de forma lineal, no se asemeja a la rectitud de la flecha intencional. Su forma de significar, marcada por el *misterio* de la muerte, se desvía para penetrar en la aventura ética de la relación con otro hombre. (LEVINAS, 1993, p. 71).

Pareciera plantearse cierta conmoción recíproca entre el tiempo y el ser, que los transforma mutuamente a la luz de la presencia y la respuesta por ese Otro.

En las palabras que inundan la poética de Manoel se percibe esa otra mirada, este tiempo hecho de otro(s) tiempo(s), ese modo en que el tiempo es asumido y transformado a partir de la memoria de sí, en un movimiento de múltiples presencias. Se celebra un tiempo vuelto temporalidad, una ruptura del tiempo que avanza sin perdón, sin sabor: siembra en la narrativa del tiempo una discontinuidad cargada de su propio ser, ahí donde hubo quietud de un tiempo medible, fechable. Celebra una mirada que se abre a una alteridad en acto,

existencia misma del otro. Manoel hace nacer una temporalidad de muchos modos “levinasiana”, en tanto habita el tiempo del *quando*, el tiempo mismo de la novedad, de la posibilidad de travesías por la propia existencia, por el propio modo de ser más allá del ser, por espacios de la existencia que pueden ser revisitados porque forman parte de un entramado mayor entre el ser y el tiempo. Sus palabras parecen guardar el misterio de un movimiento profundo en el espacio vivido y habitado, en el tiempo (im)posible y poético, en la alteridad puesta en marcha desde las infinitas presencias y ausencias que aparecen y se reinventan por el sólo acto del deseo.

Se trata tal vez, de una temporalidad nacida de la posibilidad de narrarse, de multiplicar las voces de la existencia y que toma su más profundo sentido en el tiempo *quando*. Y más precisamente en un tiempo *quando infante*. Ambos - *quandos* e *infantes* - son llaves que abren puertas hacia lo nuevo, hacia lo otro, a la diferencia, a la sorpresa. Pareciera con ello no sólo contradecir la crono-lógica imperante, sino y con más fervor quizás, contradecir la lógica que escinde memoria de existencia y que ancla tiempo infante y tiempo adulto en una dualidad imposible de sortear. Ese *quando* en tanto adverbio posibilitador de ser en otros tiempos, parece revelarse contra todo tiempo estancado, cercenador de cualquier otra temporalidad.

Pensar con Manoel de Barros que el tiempo de infancia es el tiempo *quando infante* habitable desde diversos tiempos, nos invita a posicionarnos frente a la posibilidad de un quiebre en la linealidad infinita de un tiempo que marcha hacia un siempre futuro inasible, y acoge en cambio la idea de un tiempo vuelto temporalidad que derrumbe los cimientos del simple avanzar. Un tiempo *quando* que permite habitar la infancia desde ella misma -sin que la edad sea límite, sea su frontera-, que nos permite pensar de nuevo y resistirnos a aquellas interrupciones que sufrimos en nuestro *quando* infancia. Pero sobre todo, nos permite detener – por un instante siquiera- las interrupciones con las cuales invadimos tantas otras (*quando*) infancias. Las interrupciones a un tiempo niño/infancia que se torna amenazante para la lógica dominante del tiempo único, útil. Carlos Skliar dirá que

en aquella “narrativa desesperada de los adultos” para detener este tiempo-infancia amenazante, irrefrenable, la manera será imponer una interrupción a la “duración del estar siendo niño” (SKLIAR, 2012, p. 71). Y lo dirá así:

Lo que ocurre es una interrupción de la niñez y de la infancia. Ni continuidad ni evolución ni progreso ni circularidad ni elipsis: interrupciones. El tiempo del niño es una amenaza a la celeridad y la urgencia adultas y se ve amenazada, continuamente amenazada por la detención irruptiva del tiempo niño [...] Aquello que se interrumpe, entre otras cosas, es: el cuerpo, la atención, la ficción, el lenguaje [...] Pero en todos los casos, siempre habrá una interrupción sobre el tiempo de los niños. (SKLIAR, 2012, p. 73).

En este sentido, pensar un tiempo «*quando*» es intentar volver visible la sinrazón cronológica como única comprensión temporal del ser, y habitar las posibilidades de existencia que trascienden el presente, que lo reinventan. Hay algo de regreso a un vacío lleno de infancia, lleno de memorias de infancia que no son solo imágenes dejadas atrás como pasado, sino una calidad de memoria habitable por su permanente constitución como acontecimiento, donde las narraciones del ser toman sus propios ritmos y rumbos.

En aquel modo especial de habitar el *quando*, también pareciera haber lugar para cierta noción de espacio que augura esa nueva temporalidad plural del ser. Este modo de existir múltiple, de transitar otros tiempos, pareciera disponer de cierta espacialidad también novedosa, un espacio abierto a lo ausente y lo presente en simultáneo, en imposible entramado...una trama que “implicaría una no-homogeneidad del espacio, tal que pueda producirse en ella una multiplicidad radical, distinta de la multiplicidad numérica” (LEVINAS, 2012, p. 247). En este sentido, algo de la multiplicidad radical del ser se enmarcaría en un tiempo no homogéneo que se condice con un espacio abierto, un espacio habitable de manera plural. Espacio y tiempo como condición de posibilidad de un ser *siendo*, de un ser *quando*. De eso se trataría un ser múltiple en un espacio tan vasto como la relación con la alteridad, como el lugar de la experiencia.

Quizás se trate, al fin, de sostener una alternativa nueva: la de negarse con determinación a que la plenitud de la existencia sea dominada por una fecha, sea numéricamente comprendida, presa del tiempo como objeto manipulable y del espacio limitado al sí mismo. Afirmar la imposibilidad de una existencia reducida

a la maquinaria del tiempo entendido como datos, como un paso independiente de nosotros y de los modos singulares de hacerlo parte de nuestra experiencia vital.

el gusto por volver o el devenir infante.

“Hoje eu estou quando infante. Eu resolvi voltar quando infante por um gosto de voltar. Como quem aprecia de ir às origens de uma coisa o de um ser”, volvemos a leer con Manoel de Barros (2008, p. 113). Ser-al-infinito, dirá Levinas, significa “existir sin límites, y por tanto, bajo las especies de un origen, de un comienzo” (LEVINAS, 2012, p. 317). Se abre así, con ambos, un espacio fecundo para pensar la temporalidad como experiencia fundamental de un desarrollo de la propia existencia que liga la infancia a un *estar siendo infancia*, alejada de la idea de mera etapa de la vida, y en cambio afirmando otra relación con el tiempo, afectada con y por otros tiempos. Posiblemente un estado, una “condición de infancia” o tal vez “una intensidad, un situarse intensivo en el mundo” (KOHAN, 2007, p. 97), que no tenga que ver con imposiciones etarias, con prescripciones temporales, con moldes formateados del ideal de niño/a.

En la idea de la existencia plural, son los comienzos, es la memoria, o la memoria recomenzando en tiempos y espacios otros, los que marcan la posibilidad. No se trata de volver a un pasado que ya no es recuperable, ni de querer revivir de modo nuevo aquello que en algún momento nos atravesó, sino de habitar un tiempo “que va más allá de lo posible” (LEVINAS, 2012, p. 317), donde fecunde ese *ser-al-infinito* del que habla Levinas.

¿Acaso podríamos pensar una vuelta a la infancia como a los orígenes del ser?, ¿pensar la infancia como origen?, ¿atribuirle semejante carga, tal responsabilidad?

Diría que no; pero que sí. Que no se trata de identificar a la infancia con origen como “inicio”, desde una lógica que se sustenta en la vida vuelta etapas (la infancia como “primera etapa de la vida”), el primer paso hacia el hombre que será, como proyecto de futuro; infancia como material moldeable para la construcción del mañana, como germen de lo que vendrá (KOHAN, 2007). Hay

demasiados ejemplos de esta tendencia en la educación (que muy a gusto se hace cargo de estas ideas, bien las sostiene y fundamenta), en la psicología, la medicina, las ciencias jurídicas, y en tantas otras. Ni se trata de un origen en tanto evolución, como si se pasara de una “infancia como estado primitivo” a la adultez como estadio final, de llegada, “terminal” (SKLIAR, 2012, p.72). Sostengo sin embargo, que aquello que liga la infancia con cierta idea de origen tendría que ver con otra idea, la de *comienzos*, como originalidad plena de la existencia, como tiempo de un ser que rearma sus *otros modos de ser* desde la fuerza de la novedad, desde la falta de certezas, desde la plena sorpresa de ser de tantos modos como sea posible y hasta imposible imaginar. De comienzos como descubrimientos de lo que hay de nuevo en cada cosa aún ya conocida. Y en ese sentido la temporalidad de infancia tiene que ver con los orígenes, en ese punto podríamos darle ese carácter de origen del ser, no como primera etapa de nada, sino como devenir que se constituye en el estar siendo de modo novedoso, es decir, en el propio resurgir a partir de todo aquello que altera mi existir; comienzo como relación que irrumpe frente a lo otro, frente a lo que no soy yo y sin embargo ante lo cual respondo. Se trataría quizás de un origen que no se halla en el “principio” de algo, sino que se mantiene como comienzo presente en el devenir mismo de la existencia. Infancia como el comienzo de experiencias múltiples, como originalidad, como desbordamiento de la vivencia singular, como forma cada vez nueva de habitar una temporalidad que no se construye como una línea al infinito sino como red compleja entre formas diversas del tiempo *-aion, cronos, kairos-*, configurando los senderos de una existencia transgresora, desprovista de certezas. Como quien baila su propio ritmo vital; como quien recorre los caminos de una ciudad desconocida. Como quien explora aquellos recuerdos desconocidos, que aunque ya vividos, serán siempre otros.

recuperar las temporalidades de la infancia en el acontecimiento educativo

¿Cómo transcurre el tiempo para aquellos niños y niñas hospitalizados/as atravesando situaciones de enfermedad? ¿Dónde queda, cómo se expresa el espacio en que el tiempo es comienzo, novedad, sorpresa? ¿Cómo es el devenir del

sufrimiento, de una herida, del dolor, desde los ojos de infancia y cómo se transita esa existencia marcada por la huella del padecer? ¿Hay una lengua en educación desde la que podamos hacer presente estas existencias, narrar la propia posibilidad de ser niño, niña, infancia despojada de edad, despojada de la muerte?

Comúnmente se habla de que estos niños y niñas internados por enfermedades más o menos graves, ante todo “necesitan tiempo”. Necesitan tiempo para continuar con sus vidas fuera del hospital (¿acaso se despojan de ellas estando allí?); necesitan tiempo para recuperar su alegría, sus ganas, su frescura, su ánimo (¿acaso el tiempo es quien otorga estos atributos?, ¿acaso la alegría, el ánimo, las ganas...tienen que ver con que falte o sobre tiempo?, ¿tienen que ver con un tiempo como objeto, que se tiene o no, que falta o sobra?); los niños internados, enfermos, necesitan, en fin, tiempo para ser niños (¿acaso se es niño en una u otra situación, más o menos padecida?, ¿qué condiciones determinan el ser o dejar de ser niño/a?).

A la idea de “necesitar tiempo” me permito oponer la idea de “suspender el tiempo”⁴, en el sentido de hacerlo momentáneamente *inoperante*, de que el tiempo –como tiempo dominante, entendido hegemónicamente como único y cuantificable- sea por un momento puesto fuera de escena y no sea quien determine el curso y transcurso de lo que acontece. Esta idea de suspensión del tiempo permitiría abrir paso a una *temporalidad* como detención, como detenerse. Con un tiempo cronológico suspendido momentáneamente, otra posible narrativa del tiempo como temporalidad, como tiempo-instante pleno, alejado de la idea de sucesión, de secuenciación, aparecería para hacer foco en lo que está ocurriendo, en el *acontecimiento*. En primer lugar como afirmación de que el niño, niña enfermo/a ante todo es niño, niña, es existencia, está jugándose su experiencia de infancia, y su enfermedad no es su esencia sino una condición particular –transitoria o no- de su existir. En segundo lugar, porque la posibilidad de tratar con ciertos elementos de manera de “suspenderlos” momentáneamente permite

⁴ Según la idea de suspensión que trabajan Masschelein J. y Simons M. (2014), como tornar algo temporalmente *inoperante*: “la suspensión, tal como la entendemos aquí, significa tornar algo (temporalmente) inoperante o, en otras palabras, retirarlo de la producción, liberarlo, sacarlo de su contexto de uso normal” (2014, p. 33-34)

poner en juego nuevos sentires, abre el tiempo de la posibilidad y de la experiencia subjetiva de una temporalidad vivida como plenitud del ahora, de un estar siendo; una suerte de resistencia frente a las posibilidades que la enfermedad clausura.

Los sentidos que se tejen en el trabajo en las aulas hospitalarias llevan consigo una recurrencia sin fin a la interrogación por la vivencia del tiempo y el espacio, a preguntarnos cómo se expresa y qué queda del tiempo de infancia en los tiempos y espacios vivenciados por estos niños y niñas, y cómo se reconstruye de otro modo, otro tiempo, contrariando la concepción que lo entiende sucesivo, cronológico y lineal, también biológico, médico, racional. La enfermedad pone a la experiencia “a padecer”, en un cara a cara con la idea (angustiosa, indiferente, temerosa, aceptada o rechazada) de muerte, con la pregunta por la finitud, por la existencia, y aunque el cuerpo pareciera situarse en primer plano, el padecimiento desborda la mera corporalidad.

La enfermedad sin duda va imprimiendo una marca en el devenir infancia de los niños y niñas que habitan los hospitales pediátricos. Estas marcas se escuchan, se ven, se muestran, se sienten, se perciben de mil modos. Sin embargo, en el acto educativo, en las escenas de las aulas y escuelas hospitalarias ocurre a veces que estas marcas, estas huellas subjetivas se van tornando –siquiera mínimamente- legibles, narrables, haciéndose historia singular compartida. En ellas se inauguran con frecuencia espacios donde *algo* ocurre, donde algo excede los escenarios hospitalarios -sus personajes, rituales, tiempos, desesperanzas- y los vuelve escenarios educativos; entre unos y otros *algo* se torna acontecimiento, revitalizando la existencia de *estar siendo* infante; el espacio para lo nuevo se resiste a los límites de una cama, de una vida atada a la enfermedad, y en medio de una trama donde el padecer parece inundarlo todo, parece enmudecernos, resurge la infancia colmada de palabras por decir, de lenguajes habitados por la memoria.

Es aquí donde el acto educativo, entendido como encuentro, como *acontecimiento ético* (BÁRCENA; MÈLICH, 2014) enraizado en lo imprevisto de la relación con otros y sus existencias, permite alterar la cotidianeidad del devenir



hospitalario y transformar la experiencia singular *ser enfermo* en experiencia de *ser infancia*. Reverdece lo que había brotado novedoso y original del ser infante, en el aferrarse con pasión a algo más allá de las limitaciones impuestas por el sufrimiento. El encuentro con cada niño hospitalizado “*es*” lo que logra ir *siendo* en cada momento. No hay postergación posible “para mañana” como suele muchas veces proponerse en la voces escolares que acostumbramos oír. Todo se define en lo que seamos capaces de ofrecer(nos) en ese encuentro entre docente y alumno, una suerte de *promesa en acto*. Y es que, no hay postergación posible.

Eso sustenta una clara opción ética por dotar cada escena escolar hospitalaria de todo el potencial propio del *acontecimiento* como relación educativa del aquí y el ahora, como novedad fundante de otros sentidos donde se juega la posibilidad (o no) de una experiencia plena en cada instante como temporalidad, sobre el cual la existencia se expresa, sucede. Un tiempo aquí y ahora que resuena como aquel tiempo de la infancia al que Walter Benjamin otorgaba una fuerte dimensión cualitativa, resistiendo a la aceleración cronológica vacía de acontecimientos transformadores del propio sujeto, que llamaba de “tiempo-ahora” (*Jetzt-Zeit*), un tiempo pleno, “repleto de ahora” (AGAMBEN, 2011).

El acontecimiento se reinventa como tiempo repleto de ahora donde algo nos pasa, algo que nos transforma. Y ese acontecimiento tiene que ver con la idea de finitud, con la pregunta por la finitud (que es sin dudas una pregunta por el tiempo). Preguntarnos por la finitud y por el tiempo en un espacio escolar, en una escena educativa hospitalaria, no sólo implica reconocer(nos) en el padecer de la vida, sino reconocer el sufrimiento y el padecer también como parte de la existencia infantil, como pregunta impronunciable sobre el futuro, y sobre esta infancia que *va siendo*, que no puede ser completamente dicha, completamente representable.

Pero a diferencia de la concepción que sólo ve en la finitud la presencia de la muerte, defendemos la idea de que la finitud tiene más que ver con la vida, que la finitud no es “la muerte sino la vida”, de una vida “que no poseemos del todo”, como sostendrá Joan-Carles Mèlich. En palabras de este autor:

“somos finitos porque vivimos, porque nacemos y heredamos, porque somos el resultado del azar y de la contingencia, porque no tenemos más remedio que elegir en medio de una terrible y dolorosa incertidumbre, porque somos más lo que nos sucede (los acontecimientos) que lo que hacemos, proyectamos o programamos, porque vivimos siempre en despedida, porque no podemos someter a control nuestros deseos, nuestros recuerdos y nuestros olvidos [...]” (MÈLICH, 2012, p. 16-17).

En esta idea de finitud la pregunta por el tiempo deja de ser una simple experiencia de duración, se quiebra la pretendida apariencia de coherencia y linealidad del devenir, pero incluso también de la supuesta linealidad que domina el pasado, para volverlos reverberancias de la memoria y de la infancia, permanencias resonantes en el instante *pleno de ahora*. Y porque, como continua diciendo Mèlich,

decir que el ser humano es *finito* significa sostener que su vida es una *tensión* entre el nacimiento y la muerte, entre la contingencia y la novedad. No hay vida humana al margen de esta tensión en el tiempo y en el espacio, porque el ser humano es (en un) tiempo y (en un) espacio [...] no es simplemente pura «vida-biológica», exposición objetual, sino también «vida-narrada», «vida-con-sentido», relato simbólico, experiencia, existencia, salida de sí mismo hacia lo otro, hacia el otro. (MÈLICH, 2012, p. 30-31).

Y entre aquellos acontecimientos que suelen modificarnos, el acontecimiento educativo, como acto transformador, como encuentro entre las infinitas caras de lo singular, se construye, se inventa cada nuevo instante en cada nuevo niño en el hospital. En esta idea de acontecimiento educativo subyace también la idea de comienzos, en un sentido que lo entiende como acontecimiento ético porque “reconoce la exterioridad y la alteridad como su razón de ser, y porque es en el seno de la relación educativa donde el rostro del otro irrumpe más allá de todo contrato y de toda reciprocidad” (BÁRCENA; MÈLICH, 2014, p.22).

Eso con frecuencia es lo que sucede y lo que *hay* en las aulas y escuelas hospitalarias. Con frecuencia su contenido suspende el tiempo y la utilidad y se vuelve material fecundo a partir del encuentro con ese ser infancia en singular, y se convierte a veces en juego, a veces en simple gesto de espera; se reinventan de mil modos sus sentidos, que se esconden en palabras y leguajes nuevos, en silencios. A veces estos se apagan, disminuyen, se oscurecen. A veces se iluminan, se engrandecen, se celebran. En cualquier caso, pueden ser exactamente lo que la relación educativa logre crear para ese único instante: esa búsqueda del tiempo



como “ensanchamiento de la existencia” (LEVINAS, 2015, p.56), formas en que la memoria habla, ruptura de las distancias jerárquicas entre saberes y seres.

Si consideramos el tiempo como espacio fundante de la relación con la alteridad tal como Levinas sostiene, si la escucha rodea la presencia del otro y la acción educativa responde por el otro (por su padecer, por su vitalidad, por su infancia), tal vez en una temporalidad educativa nueva podría encontrarse la respuesta a ese otro y su existencia. Y quizás de eso, en parte, se tratan estos espacios educativos, en tanto acciones de acogida al otro. Un intento por recuperar la sorpresa de la infancia, evitar que se extinga lo que de vida hay en cada espacio y tiempo del ser *quando infante* de estos niños y niñas, habitar junto con ellos las posibilidades infinitas de otros tiempos en ese tiempo que de otro modo pareciera estancarse en el hospital y en el tiempo desesperado que lo habita. Hay un ser-al-infinito en la mirada infantil que no deja de serlo aún en las situaciones donde las pérdidas se dibujan de frente, donde el dolor no se esconde y el cuerpo en su susurro, grita. Hay espacios y tiempos en los que la existencia se expresa, en que se habitan los *quando infante* reinventando las medidas del dolor y los imposibles, como una suerte de presencias y ausencias simultáneas que se hacen gesto vital.

finales abiertos, tiempos plurales, existencias múltiples...

Manoel de Barros pareciera narrarnos su ser infante desde la posibilidad del *quando*, con un lenguaje que pone la ética por delante en tanto no cesa nunca de festejar con simpleza la propia existencia en su absoluta pluralidad; nos impulsa a un otro modo de hablar habitado por una existencia que excede límites temporales y espaciales contruidos desde las convenciones deshabitadas de sentido, presas del vivir fechado. Presenta la memoria y la temporalidad en la figura del *quando* como un tiempo estético, de la sensibilidad, de la narratividad, inasible e inadmisible si no es desde la propia poética de la existencia, quebrando así el modo dominante de ver pasar el tiempo desconectado de nuestro propio transcurrir, de nuestra existencia en afección por otro.

Emmanuel Levinas pareciera reafirmárnoslo una y otra vez: la existencia es plural en el existir mismo, en el propio tiempo de existir del existente, pero en el

mismo momento ese tiempo necesariamente debe ser pensado como “abertura al otro y a lo Otro” (LEVINAS, 2015, p. 52). Nos invita a pensar el tiempo como más allá del ser, como relación de pensamiento con lo absolutamente Otro. Una relación no estructurada como saber, como intencionalidad abarcadora del ser, sino como pleno acontecimiento.

La idea de pensar las temporalidades desde una concepción no lineal ni cronológica del tiempo permite preguntarnos sobre la relación entre tiempos, infancias, alteridades y existencias. Pareciera posible encontrar un lugar donde por fuera de las edades, más allá aún de ciertos modos de padecer, la existencia pudiera habitar el *quando* del existir, donde la posibilidad del existir múltiple fuera indiscernible de la posibilidad de la relación con el otro, donde el acontecimiento como experiencia de espacio y temporalidad novedosa, enmarcase la relación primera con la alteridad. Una alteridad fecundada en la propia posibilidad de existir de otro modo de ser, tanto como desde la respuesta por Otro a partir de la propia sorpresa de existir *quando*. Ese *quando* que necesariamente es habitado en plural. Ese *quando* posible de ser inventado también como gesto educativo.

referencias

- AGAMBEN, Giorgio. *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2011.
- BÁRCENA, Fernando; MÈLICH, Joan-Carles. *La Educación como acontecimiento ético. De Natalidad, narración y hospitalidad*. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2014.
- BARROS, Manoel de. *Memórias Inventadas. A segunda infância: Tempo*. Ed. Planeta, 2008.
- BARROS, Manoel de. *Memorias Inventadas*. Río de Janeiro: Planeta, 2011.
- BENJAMIN, Walter. *Infancia en Berlín hacia 1900*. Madrid: Alfaguara, 1982.
- KOHAN, Walter. *Infancia, política y pensamiento*. Buenos Aires: Del Estante, 2007.
- LEVINAS, Emmanuel. *El tiempo y el Otro*. Barcelona: Paidós, 1993.
- LEVINAS, Emmanuel. *Totalidad e infinito*. Salamanca: Ediciones Sigueme, 2012.
- LEVINAS, Emmanuel. *Ética e infinito*. Madrid: Machado, 2015.
- MASSCHELEIN, Jan; SIMONS, Maarten. *Defensa de la escuela. Una cuestión pública*. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2014.
- MÈLICH, Joan-Carles. *Filosofía de la finitud*. Barcelona: Herder, 2012.
- SKLIAR, Carlos. “La infancia, la niñez, las interrupciones”. *Childhood & Philosophy*. Río de Janeiro, v.8, n.15, pp. 67-81, jan./jun. 2012.

recibido en: 29.10.2016

aprobado en: 20.11.2016